

EL HOMBRE DE HOY, EL HOMBRE UBICUO: EL CONTEMPLATIVO VUELTO DEL REVES

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Da mucho qué pensar una cosa tan simple, tan nimia, que, de puro inadvertida, constituye la expresión primigenia de un fenómeno social profundo, como es la imprevista capacidad de desplazamiento aneja al hombre contemporáneo. Cada día, una inmensa grey humana está moviéndose de un lado a otro del planeta, “que, triste y todo, es el mejor que existe”. Va dirigida, inevitablemente, por un solo afán: hallar un sitio, un rincón, donde nada sea problema, excesivo y penoso. Se trata, en efecto, de descargar en la linde del territorio personal el fardo de preocupaciones habituales, y como tales adscritas a nuestra situación vital. Sin embargo, esa liberación, que busca exonerar el ánimo de la preocupación, no es total. Apenas habrá caminado un poco, el ánimo comenzará, merced a la inversión de atención del que trashuma, a llenarse de penas insólitas, unas penas nuevas, tal vez balbucientes, pero, de todas suertes, penas. Y así de nuevo vuelve a viajar; otra vez, y otra y de nuevo a comenzar.

Lo cierto es que el hombre busca sin advertirlo bien suplantar, exorbitándolo de su propio perfil, el lastre de viejos problemas por otros inéditos; por tanto, problemas que ponen en el gesto del viajero, más que en su semblante fatigado, un equívoco aire de ingenuidad. Desde siempre está pasando lo mismo: no es la belleza de otras geografías ni es el exotismo de parajes lueños lo que atrae al viajero común y corriente sino el ansia de esquivar los afanes que, con exaltado carácter de inmovilidad, de asedio continuo, circundan nuestras horas. Solo que la prodigiosa variedad de medios modernos de locomoción —achaquémoslo por ahora únicamente a ellos— ha acrecido sobremanera las posibilidades andariegas del hombre actual. Puesto a elegir, en el fondo se declara partidario de ir a cualquier parte. Esto es lo que le empuja y le atrae; esto lo que le detiene.

Es, en verdad, la índole elemental del viajero. No pasa, ciertamente, de ser un detalle; pero de un detalle que vale como sospecha, como indicio del carácter de evasión que se posesiona del hombre transeunte. Suele la burbuja que aflora, diminuta y grávida, sobre el añil del mar estar henchida —;un detalle apenas!— de los febriles afanes de la tormentosa entra-

ña submarina. Así el detalle: esfumado en el trastornado abigarramiento de la vida, casi maltraído, persiste vanamente en sorprendernos con sus alusiones a cosas esenciales. Porque si el detalle es por de fuera caprichoso y ocasional, mas bien furtivo; por dentro está lleno de sentido. Por modo inesperado, venimos ahora a recelar sobre algo que parecía definitivamente guarecido bajo lo absoluto. Hasta este momento, sin más ni más, todos los afanes, todos los sinsabores, todos los problemas, fingían estar adscritos, por su plenitud de terquedad, a un mundo trascendental, absoluto. Pero a medida que vamos penetrando en su intimidad les vemos, ante todo, eludir el orbe de lo absoluto, y como menguar su pujanza de propia suficiencia. Pues lo misterioso, lo admirable de esta permanente acomodación distinta de las penas, de este cambiar constante, como de péndulo, entre problemas familiares y problemas desconocidos, radica en que con ello el hombre busca la mutua negación de unos y otros.

Bastan estos datos acerca de la conducta primaria del viajero para intentar su definición. De modo que cabría decir, con vista a ellos, que es un contemplativo vuelto del revés. Mejor fuera definirlo como un "novedoso", pero hay razones que, hincándose en la misma contemplación, no lo facilitan. La novedad, como la distracción, viene a ser una consecuencia de afanarse sobre las cosas. Pues bien: sabido es que hay una "vita contemplativa", la del místico cristiano, la del santón oriental, en que la atención se dispara sobre las "últimas cosas", sobre las realidades trascendentales, esto es, Dios, la vida última, el ultrauniverso: lo imperceptible e inexperimentable. Por eso, el místico es un viajero que hace pie en lo sobrenatural, y, mucho más que viajero, es un sobrecogido bebedor de absolutos, un contemplativo que, para negar el mundo, tuvo que comenzar negándose a sí mismo, en fin. Con todo, esta superioridad contemplativa a que llega el místico no permite su total valoración, si no se repara en el ingrediente mecánico que le sirve de soporte, bien que reducido al minimum. Como que sin él, el arrobamiento en el ultramundo sería imposible. Es más: la "vita contemplativa", en su iniciación no es otra cosa que proceso psicológico. Tiene, pues, el místico en el ingrediente mecánico de la contemplación el sostén que hace posible su viaje hacia Dios o, como dice Santa Teresa, el "desasimiento grande del todo".

Tal "embebimiento" no tiene que ver aquí para nada. Me importa, a pretexto de una definición del viajero, obtener su anatomía, y esta se obtiene partiendo de su radical aptitud para verterse sobre las "próximas cosas". De donde mi discurrir hubo de orientarse hacia la vida contemplativa, por lo menos a lo que en ella hay de puro acto mecánico. Precisamente la vida contemplativa, en esta fase mecánica, es un imprescindible vacar, una evasión hacia fuera desde el confinamiento de lo íntimo, es decir, entregarse a esas "próximas cosas".

Sin acometer ahora resueltamente cuestión tan intrincada y problemática, diré apenas que aquel mecanismo psicológico de la contemplación viene a ser un ver sin mirar, o sea sin entender. Mientras en su más alto estilo, opuestamente, sería un mirar fijándose, vale decir, atendiendo. La pupila, bajo la primera, resbala indiferente sobre las cosas, "resuelta a no hacer más que espejar constantemente la fisonomía multiforme del cos-

mos". De puro mirar, en rigor, no mira nada. Y esta es, por ventura, la situación del turista. De aquí que el místico, procediendo en sentido inverso, comienza por evacuar la mente de todas las cosas para llegar al colmo de la contemplación. Es que el místico consigue ser, al fin y al cabo, el anverso del turista, capaz, con capacidad absoluta, de volverse de espaldas al paisaje. Uno, el místico, opera en la parte alta de la contemplación; el otro, esto es, el turista o viajero, dócil al contorno, se afana en la parte baja. He aquí una razón de mayor peso que explica, por sí misma, el retiro a un solitario rincón del mundo —"la morada"—, uno solo y definitivo, que, como condición indispensable para atraerse, hace todo cenobiarca. Y como todo tiene su caricatura, incluso lo sublime, ahí están los estilistas, los Palemones, trepados a sus columnas muy en salvo.

Ahora bien, el propósito central de este ensayo era hablar un poco, nada más, de la ubicuidad del hombre contemporáneo. No de la ubicuidad primitiva y mágica del hombre, que flota sobre los tiempos. "La imaginación —dijo Alfredo de Musset— puede desplegar en un hueco como el de la mano alas inmensas capaces de cubrir el horizonte". ¿Qué explicación tiene, entonces, mi inicial aproximación al viajero, al turista? Mucha. Tanta, que la ubicuidad del hombre contemporáneo es privativa del turista, se entiende del turista moderno. Porque el hombre actual, quiéralo o no, se ha convertido en razón del ingente, conmovedor aumento de los medios mecánicos de locomoción en un turista del mundo, aun aquel que con todas las potencias de su alma trata de aferrarse a un solo punto. Ya no viajan, en insólitas escapadas románticas, por ejemplo, el burgués que se obtura a sí mismo con una capa de utilidad, el señorito acomodado, o... las increíbles solteronas inglesas —esa terriblemente inocente viejecita de "El Quinteto de la Muerte", que, allá en tiempos de la Inglaterra, pujante y snobista, puritana e imperial, colmaban los halls de los hoteles populosos; pero ni siquiera viajan hoy los técnicos, esta exuberante fauna humana de dómines meterrizados y sinsotes con mentalidad de "nuevos ricos" que se permite desplazarse con nombre propio, no obstante su venir e ir de continente a continente. Viaja, llanamente, simplemente, el turista. Y el turista, visto desde este ángulo, es la persona que ha sido deshauciada de su ocupación habitual, pese a que, como en el caso del técnico, le acucie otro fin distinto al del simple contemplar. ¡Quién duda de que la incalculable velocidad aneja a los progresos mecánicos de la época desplaza al hombre vertiginosamente —lo hace ubicuo— sin darle tiempo a detenerse en nada, como quien dice, lo hace turista de sí mismo y del mundo!

Sin embargo, lo dicho no nos alcanza a elucidar completamente la genuina realidad del turista contemporáneo, pues de ella solo hemos obtenido hasta aquí una parte, algo así como el muñón de su vera efigie. Hay todavía más. Verdad es que por tal se entiende quien viaje en avión, tren, automóvil, barco e, incluso —expresado con un grano de sal—, en... ascensor. Y que tales medios han reducido, según se dice a troche y moche, nuestro planeta al tamaño de la cabeza de un alfiler. Esto es así, y nadie, mucho menos yo, estaría dispuesto a negar que se trata de uno de los más regalados lugares comunes de nuestra época. Pero esa forma de viajar es y no es, a la vez, específica, genuinamente contemporánea. Por un lado,

nos descubre una ultrasónica velocidad, o sea lo verdaderamente actual, y por otra, un medio de transporte si no arcaico, al menos desde mucho antes conocido. Ciertamente, el gran Leonardo lo adivinaba. Y lo adivinaba como él adivinaba sus cosas: genialmente. Para el creador de la misteriosa y arcana Mona Lisa no sería, en efecto, único, insólito, desacostumbrado el avión, como lo serían, por ejemplo, el cine, la televisión y la radio. Precisamente porque, ni más ni menos que ahora, entonces ya estaba prevista esa eventualidad —remontarse el hombre hasta el cielo—, pues siempre la humanidad ha vivido prendida de las alas de Icaro.

Esta pueril advertencia nos obliga a retirarnos de la definición del turista moderno, contenida o, mejor todavía, presupuesta en los veloces sistemas de transporte, y a comprenderlo desde su más honda realidad. ¿Cómo entender, pues, sin dintornos difusos a esta ingente realidad de nuestra era? Muy sencillo. Hay que hallarla, sorprendiendo sus primeros vagidos, en la hora de su nacimiento. Y esta es la de la creación del cine, la radio, la televisión y demás inventos similares. Al alzarse tales artefactos sobre el horizonte vital los hombres quedaron de ellos sujetos, cual ingravidas mariposas clavadas a un mundo nuevo, absorto. Claro es que todo aquel formidable vendaval de imágenes, de paisajes, de sitios, de evocaciones, de palabras arrancó al hombre de dos lugares: de sí mismo y de su campanario. ¡Ah!, sí: lo convirtió en inane espectador del mundo. Lo cual —sea dicho entre paréntesis— no es demeritar ninguno de estos inventos, sino apenas hacer notar su rango de grandes desensimismadores del ser humano. Si ellos, sin ese poder de desplazar al hombre —sin moverlo— no se podría hablar de la ubicuidad contemporánea, junto a los cuales los auténticos medios de locomoción son únicamente su complemento. “Si existiese el movimiento continuo no habría física”, solía repetir Einstein. Con los turistas y el Jet —para decirlo en una expresión símbolo— pasa algo similar: si solo —léase, continuo— existiese el Jet no habría turistas de estas fechas. No confundamos, por tanto; fueron aquellos inventos los que, al entrar en los hogares, en vez de llevar, como el avión, al hombre hasta las más lejanas Tules y Simplégades, se las sirvieron —valga la expresión— a manteles, haciendo el mundo de la cabeza de un alfiler. Y al turista de nuestros días: un ser paradójicamente hermético e iluso, que, a fuerza de tratar con el mundo, de actuar en él, de dirigirse a él, de ocuparse de él, nos proclama desde el Aventino de su incesante falsificación esta fórmula simplísima y ficticia: “Vivir es, de cierto, no tratar con el mundo, no dirigirse a él, no actuar en él, no ocuparse de él”. ¿No es esto, empero, dar —como dije al principio— una completa vuelta del revés? De ahí —y lo expresé igualmente— su semejanza con el místico. Mas adviértase muy bien: solo allí donde éste levanta su vuelo inmarcesible, su incommensurable inmersión de alturas.

El hombre contemporáneo es el hombre ubicuo, sí; pero su *étymon*, su auténtica, verdadera y plenaria vitalidad consiste, no obstante estar tan lleno de cosas, tan pensativo, tan él solo, tan real, consiste, digo, en ser en el fondo un náufrago. Que no discierne bien si lo próximo es lejano, y lo lejano, próximo. Porque al sufrir el mundo, merced a la prodigiosa inventiva de la ciencia, tan grande encogimiento, sus sentidos que estaban acostumbrados no a la visión parroquial, ni a otear cómodamente en la

plaza de la aldea, sino a mirar, bien que a hurtadillas, por encima de las bardas de su gleba, lo arcano y, por lo mismo, lejano, quedaron desorbitadas, en disponibilidad absoluta. Contra lo que suele pensarse, el hombre de ayer no miraba únicamente a sus pies. No. Su mirar era lontano, como lo dicen los poetas. Y su pupila, aún germinante, parecía asirse de remotas lontananzas. Mas las ciencias le convirtieron lo lejano en próximo. Para esto no sirven todavía sus sentidos. Su virtud es ser simple; es decir, el poseer juvenil inexperiencia, un como entusiasmo de hora matinal. Por eso el hombre es único ser que, para contrarrestar su simplicidad juvenil, aprende, o sea que construye su propia biografía. "Lo que heredaste de tus antepasados conquistalo para poseerlo", es una de las frases más transparentes, más traslúcidas que de boca humana hayan salido jamás. Convendría, pues, afirmar que el hombre de nuestros días es, **por ahora**, un **herr Ulrich**, el hombre en absoluta disponibilidad, debido a que, cual un Ulises moderno, está "buscando los pasos del mar". De un mar violento y huracanado, pero, eso sí, reducido a un vaso de agua. Y, sin embargo, mar al fin y al cabo.

Tal vez ahora se comprenda por qué este hombre ubicuo, que derribó el pino del Pelión, como el argonauta antiguo, viva, por no haber acomodado aún su pupila a la nueva circunstancia, exclamando desde su "noche cerrada" el mismo verso del canto del vigía Linceo: "Vosotros, ojos afortunados, lo que visteis en cada caso, sea como fuese, ¡era tan bello!"

Y no cabe duda, en fin, de que de este turista "moderno", de este hombre ubicuo de nuestra era depende, cualquiera que sea su grado, el destino de nuestra civilización, sin que ello quiera decir, y mucho menos expresado a una hora nona, que el "fin del mundo" está próximo. ¡Consolemonos! Toda la vida se ha hablado de esta formidable hecatombe; mas él, aunque contingente, continúa —como cierto producto famoso— tan cam-pante. Vivamos, por tanto, sobre ese volcán... ¡Vivamos!